

—¡Baja! ¡Ahora! —estaba desesperado, no estaba tan lejos.

—Paradero recién puede bajar, joven —¿en serio?, ¿recién ahora quieres respetar las leyes de tránsito, después de cerrar de manera brutal a medio Lima?

Bajé. Fui corriendo a todo pulmón, la gente me miraba como si fuese un delincuente, algunos cobradores se burlaban de mí, pero no importaba, ella lo valía, sabía que sí. Pude ver sus cabellos azules y supe que era ella, la piqué con el último trozo de pulmón que me quedaba y la alcancé. Estaba justo entrando a un edificio.

—Oye, espera...

—Ehh, ¿hola?... ¿Qué pasó? —no estaba segura de cómo reaccionar.

—Toma, se te cayó... —le di el celular. Me sentía como todo un campeón, hasta que me respondió.

—Esto no es mío —no lo podía creer. Me quedé helado. No solo había quedado como un irrespetuoso, sino que ahora también como un raro.

Ella se fue sin nada más que decir.

Ya mi hora de clase estaba perdida, imposible irme a la universidad, solo quedaba regresarme a mi casa. Fui al mismo paradero y tomé un carro que me llevaría. Me senté en el mismo lugar que en la otra combi y me puse a escuchar el huayno de la radio.

Unas cuadras más allá, se subió otra chica que me llamó la atención. Lentes ridículamente gigantes, cabello peinado por favor a la sociedad, la cara llena de acné; vestía ropa de imitación, ya vieja, y los zapatos ni qué decir. En pocas palabras, totalmente fuera de mi alcance.

EL TAXISTA

Gino Telly Amoretti Álvarez

Centro de Lima, 9:00 a. m. Juanjo maneja su nuevo taxi, un *station wagon* amarillo. El caos, el tráfico y la contaminación le producen un ligero malestar. De pronto, como en los últimos dos días, una vez más se vuelve a desconectar del mundo. Miles de conjeturas de lo ocurrido la madrugada del domingo le asaltan la mente. No encuentra respuestas, se siente encerrado en un laberinto de suposiciones. Quiere gritar con todas sus fuerzas y alejar los fantasmas. Inhala. Parpadea rápido para despertarse de las pesadillas. Exhala. Concentra su atención en lo que ocurre más allá de sus ojos: está atorado en un colosal embotellamiento. Los vendedores ambulantes corretean como conejos entre los autos. "Amigo, dame un diario *El Choche*, apúrate que cambia la luz", le pide Juanjo a un sudoroso canillita que corre para alcanzarle un ejemplar. De inmediato empieza a escudriñar toda la portada. "Todavía no hablan nada del muerto que dejé en la Plaza Francia", piensa con alivio hasta que un titular le paraliza el corazón: "Encuentran cadáver de travesti sin cabeza, pies ni manos". Suspira nuevamente: "Mi muerto tenía la misma ropa, pero estaba completito cuando lo dejé en la banqueta. No creo que sea el mismo. Sigo siendo un hombre libre".

Jesús María, 9:30 a. m. El primer pasajero del día: un tipo con terno, seguramente un ejecutivo que está llegando tarde al trabajo.

—¿Maestro, al Callao más o menos por...?

¡Roaaam! Arranca en primera, asado como una hiena. "¿Al Callao quiere que lo lleve? ¡Que no joda!", maldice.

—¿Taxi? —le hace señas una señora con unos paquetes en una esquina.

—Sí, madrecita —le dice muy amablemente.

—Por San Juan de Lurigancho, a la altura de...

iRoaaam! "Vieja cojuda. Voy a ir a San Puta ida y vuelta para gastarme la gasolina y perder carreras, ini hablar! Qué gente, por Dios, no dejan trabajar". Más adelante, un sujeto de anteojos oscuros, con una caja grande envuelta en papel de regalo, estira la mano con delicadeza.

—¿Taxi?

—Sí. Dígame, caballero.

—Centro Camino Real, San Isidro.

—Sí, claro, ¿20 soles? —le viene un momento de lucidez y se da cuenta de que no es tan lejos como para cobrar ese precio. "Lo que pasó el domingo me tiene con la cabeza en otro lado". Mira al pasajero compungido por el precio.

—¡Ok! ¿Puedo subir mi paquete a la parte de atrás?

Salta del taxi y acomoda el bulto en la parte trasera. Todo listo, suben al carro.

—Pesadita la caja, maestro —le dice al pasajero mirándolo por el espejo retrovisor.

—Es una muñeca para mi hijita —le responde.

—La muñeca con casa y todo, ¿no, maestro? —contesta de inmediato.

—Algo así. Ya sabe cómo son las niñas. No basta que les compres la muñeca,

quieran todos los accesorios. Es complicado tener niñas.

—Sí, debe ser, ¿no, maestro? Yo no tengo hijos, pero seguro que las mujercitas le sacan a uno un ojo de la cara, ¿no?

—Más que un ojo. Toda la cabeza. Y a veces hasta las manos y los pies —suelta una carcajada el pasajero.

Las imágenes vuelven a su cabeza: la madrugada del domingo, el travesti en su taxi, la Plaza Francia, la banqueta, Dios, la policía, el diario...

—Amigo, amigo, amigo... —le dice el pasajero.

Juanjo despierta de las pesadillas.

—Sí, señor, dígame.

—Le estaba diciendo que no se meta por Arenales porque siempre hay una tombita que nos deja plantados 15 minutos en el cruce con Javier Prado.

—Oh, disculpe, señor. Me voy por la paralela.

—¿Cuál paralela? Si ya estamos en el cruce de Arenales con Javier Prado.

Otra vez esa desconcentración recurrente por culpa de las pesadillas. No podía hacer nada contra ellas. Fracasaba en cada uno de sus intentos de borrarlas de su mente, y terminaba siempre perdiendo la noción del tiempo y del espacio.

—Amigo, estoy sin efectivo —le dice el pasajero—. Salí corriendo de mi casa y me olvidé de sacar plata. Déjame en la puerta del Centro Camino Real. Allí hay varios cajeros automáticos. Entro, saco plata y te pago.

—Sí, señor. No hay problema.

El taxi se cuadra en la zona indicada. El pasajero se acomoda los lentes y baja.

—Ahí te dejo mi cajita —le dice.

—Ok, maestro, vaya nomás.

Mientras el pasajero entra al centro comercial, Juanjo trata de tranquilizarse. "Era el travesti o yo", piensa. "No es mi culpa. ¿O es que acaso lo justo hubiera sido que hoy salga mi foto en el periódico, todo muerto, con un titular tipo: 'Taxista muere pepeado por un travesti'?"

San Isidro, 11:30 a. m. El pasajero no sale del Centro Camino Real. Juanjo despierta de las pesadillas. "¿Y el tío? ¿Qué pasa que no sale?". Se baja del taxi y entra al centro comercial. Revisa todos los cajeros automáticos. Ni rastros de su pasajero.

—¿Jefe, no ha visto a un señor gordito de lentes oscuros? Entró hace un rato a sacar plata del cajero —le dice a un guachimán.

—Ni idea —le responde—. Acá entra y sale mucha gente así.

—Sí, pero él era distinto. Era gordito, peladito con lentes oscuros. Me hizo una carrera, soy taxista. No tenía plata y entró aquí para sacar del cajero...

—Uy, amigo —le dice el guachimán—, ya ti hicieron el cuento del cajero automático.

—Pero me dejó su paquete en el carro.

—Así son, amigo. Te dejan un paquete, tú te confías, se bajan del carro y después se escapan. Pero como taxista, ya deberías saber esas cosas, ¿no? ¿Que si las sabía? ¡Claro que las sabía! ¡Al derecho y al revés! Pero había perdido todo tipo de concentración por culpa de las pesadillas. En seguida un odio terrible se apoderó de él. Estaba perdiendo las cosas más elementales de la mente por pensar todo el día en lo ocurrido la madrugada del domingo. Regresó a su taxi decidido a agarrar la llave de cruz que estaba al lado del paquete para buscarlo y golpearlo. "La llave de cruz, sí, me las pagará ese maldito —piensa mientras está a dos pasos de su taxi—, la llave de cruz, la llave de cruz, la llave de...".

—¿Taxi? —un curita lo despierta de su ira. La cruz en su pecho le desinfla el odio.

—Sí, padrecito, dígame.

—Al Centro de Lima, a la iglesia que está en la Plaza Francia. ¿Cuánto me cobras?

"Oh, por Dios. No lo puedo creer. El Padre Eterno me pedirá cuentas", piensa.

—Para usted, doce soles, padrecito.

—¡Perfecto, vamos!

San Isidro, 11:45 a. m. De regreso al lugar donde todo comenzó: la Plaza Francia.

—Hijo, vamos por toda la Arequipa y me dejás a la altura de Wilson.

—Como usted diga, padrecito —responde Juanjo.

—Qué día más difícil —le dice el cura—. Ya no se puede confiar en las agencias de viaje. Y, en general, es muy difícil confiar en alguien. Te lo digo yo que soy cura.

—Dígame a mí, padrecito... ¿Pero solucionó sus problemas?

—Sí, sí, fue algo muy sencillo. Un pequeño error que gracias a Dios se resolvió.

—Dios soluciona todo, ¿no, padrecito?

—Que no te quepan dudas, hijo. Él lo puede todo.

—¿Todo, todo, todo?

—Todo, hijo. ¡Todo! Porque según tú, ¿hay algo que Dios no pueda solucionar?

—Mis problemas, padre. Mis problemas que no me dejan dormir hace tres días.

—Hijo, si necesitas confesarte, lo puedes hacer aquí, conmigo.

—Padre, creo que he pecado y terriblemente —le dice Juanjo—: el sába-

do por la noche, casi la madrugada del domingo, me di una vuelta por la Plaza Francia y me levanté a uno de los travestis que por allí andan. ¿Padre, eso está mal?

—Bueno, hijo... Sí, está mal. Para los ojos de Dios, eso está mal.

— Padre, es que no es solo eso —responde Juanjo angustiado—: la subí... Mejor dicho, lo subí al taxi para tomar nos unas aguas. Justo me acababa de comprar unas cervezas en lata. Nos pusimos a conversar y entre latas que iban y venían, el travesti, creyendo que no me daría cuenta, le metió unas pepas a mi cerveza.

—Hijo, pero... ¿No tienes cuidado? ¡Pudiste haber muerto!

—Ese es el punto, padre —confesó llorando—: quien acabó muerto fue el travesti, porque llegué a cambiarle la cerveza justo a tiempo sin que se diera cuenta. Se pepeó solo. Y ya de allí no supe qué hacer. Sólo atiné a dejar su cuerpo en una banqueta de la Plaza Francia y darme a la fuga.

—¿Cómo pudiste haber hecho eso, hijo? ¡Después de todo es un ser humano! ¡Si estaba así, lo mínimo que pudiste haber hecho era llamar a los bomberos o a una ambulancia!

—Lo sé, padre. Por eso a las dos horas regresé para ayudarlo. Pero ya no estaba.

—¿Cómo que ya no estaba?

—Sí, así como le digo, ya no estaba. Se había esfumado. El cadáver ya no estaba.

—Hijo, quizá no estaba muerto. ¿Quién se va a llevar un cadáver en menos de dos horas? Tal vez se desmayó, recuperó la conciencia y se fue a su casa.

—¿Así de fácil?

—Claro. ¿Y te estás atormentando por eso?

—Es que en la mañana leí en el periódico que un travesti fue descuartizado y...

—Hijo, basta, son ideas tuyas —el padre le hace una seña—. Mira, ya llegamos a Wilson. Déjame donde está ese quiosquito. Quiero aprovechar que no hay tráfico para bajar, si no esos angelitos de las combis me atropellan.

Centro de Lima, 12:35 p. m. Juanjo desciende del taxi y le abre la puerta al cura.

—Gracias por escucharme, padrecito.

—De nada, hijo mío. Mira, para que estés más tranquilo, esta noche yo doy misa; ven y, quién sabe, tal vez a la salida encuentres a ese joven deambulando por la Plaza Francia. Será oportunidad para que le hables de Dios y lo traigas al rebaño.

—Sí, padrecito, lo haré. Esta noche vengo a su iglesia.

—Muy bien, hijo. Ya verás que hoy, cuando cierres los ojos, descansarás tranquilo y sereno soñando con Dios.

Finalmente, mientras saluda al cura, la tranquilidad llega a su corazón como una catarata poderosa que destruye todo vestigio de pesadilla. Agradece al tipo de lentes que lo llevó a San Isidro, ya que gracias a él pudo encontrar la paz que tanto necesitaba. “¿A propósito, qué contendrá ese famoso paquete?”, piensa. Abre la puerta trasera de su taxi y se apresura a abrirlo, antes de que la luz roja le dé pase a todo el bestial tráfico que está unos metros más allá. Rompe el papel de regalo y, al abrir la caja, encuentra un mar de tecnopor picado. “Carajo, creo que sí había juguetes aquí”, piensa.

Mete la mano, agarra algo peludo, saca el contenido y se echa a gritar como sólo un alma atormentada con mente alucinada puede hacerlo: la cabeza del travesti salta fuera de la caja, mirándolo como si fuera la Gorgona, y sus cabellos se mueven cual serpientes. Las manos y los pies cercenados aúllan como espíritus del infierno. Fuera

de sí, con los ojos desorbitados por la locura, se echa a gritar en medio de la pista, desgarrándose la garganta...

¿En qué momento se encontró con una combi a toda velocidad a dos metros de sus narices? Juanjo nunca lo supo. Sólo quería gritar. Tampoco se percató cuando las ruedas de la misma le pasaron por encima. Sólo quería gritar. Ni se enteró de que los transeúntes lo estaban rodeando y de que luego del accidente lo miraban con pena. Todo sangrante y fracturado, ya no podía gritar.

En ese momento de tragedia, abrió tímidamente los ojos y vio un mar de pies con sus respectivos dueños. Sintió una extraña tranquilidad. "El padrecito tenía razón, hoy cuando cierre mis ojos descansaré tranquilo", pensó. Cerró los ojos una vez más y se dejó llevar por un profundo sueño. Ese día, después de muchos, por fin pudo descansar en paz y soñar con Dios.

ALGUNOS FIRMAN CON SUDOR

**Catalina María Jacinta Gaviria
Castillo**

Quisiste pensar que era un... No, no era nada de eso. Era papá. Era pesado. Tu pecho sintió presión; era su barriga. Tu espalda; los barrotes de la cama encajaban con tus costillas. Uno, dos, tres... Desde esa tarde, despertar ya no era escapar de la pesadilla. Ya no existían miradas fijas, tampoco sonrisas definidas.

Entras al cuarto, sola. Mamá está en la cocina. Ella canta; tú no quieres que regrese. Mamá quiere mucho a papá. Tú tienes un espejo al lado de la cama, solo no lo miras desde hace unos meses. Tienes un cuerpo, pero no quieres tenerlo. "Malo" piensas, mientras intentas jabonarlo para que quede limpio. Mamá te mira, mamá dice que pares. Alexia no, Alexia sabe que sigues sucia y eso te molesta, te produce náuseas. Sales.

Prefieres quedarte intacta, sin desabrocharte siquiera para ti el abrigo rosado. Abres el armario, a solas, y en vez de librar las prendas de la oscuridad, te refugias en tu rincón derecho; el izquierdo, para Alexia.

No quieres ni que la pared se aproveche de tu espalda, más pequeña aun que el televisor donde concentras tu mirada esos minutos eternos; ni menos el piso de tus pies; ni los brazos de tu pecho; ni tus lágrimas de tus mejillas rojas. Pero el miedo es intruso e inquilino de tus entrañas, que las crees ya embarradas de asco propio y ajeno.

Optas por no mirar, no tocar, no sentir; pero lo sientes todo. Más allá del armario, ella no existe. Y si la noticia sale